13

CADA CUAL AMA A SU MODO.

COMEDIA EN UN ACTO

ARREGLADA

POR D. B. M.






MADRID.

Imprenta que fué de OPERARIOS, á cargo de J. Muñoz, Factor, 9.

1854.

PERSONAGES.

DOLORES, modista, obsequiada por
CARLOS, maestro de equitacion.
JUAN, traficante de ganados.
ROSA, muger de Juan.
PABLO, propietario.

La escena pasa en un puerto de mar.

ACTO UNICO.

El teatro representa un taller de modista decentemente amueblado. Puerta al fondo y otras dos laterales. A la izquierda un gran velador con diversos adornos de señora. A izquierda y derecha ventanas practicables, que se supone dar la de la derecha á la calle y la de la izquierda al mar.

ESCENA PRIMERA.

Dolores. *Despues* Rosa.

Al levantarse el telon aparece Dolores sentada con varias jóvenes costureras alrededor del velador, y ocupadas de diferentes labores.

Dolores. (*Ap.*) Apenas asoma el sol por el Oriente cuando ya he tomado posesion de mi taller; y unas veces dirigiendo á mis jóvenes compañeras, y otras satisfaciendo los deseos de la multitud de personas que me favorecen, paso mi vida contenta y feliz. Feliz!... Ciertamente que lo soy; pero aun lo seria mucho mas si mi buen Carlos se decidiese al fin á ser mi esposo. Jóven, agraciada y en este ejercicio, no me faltan aventuras, que alguna

vez suelen hacerse demasiado sérias. Verdad es que no me falta mundo ni resolucion; pero al cabo una muger sola siempre está espuesta, y aun comprometida.

ROSA. (*Entrando por el fondo.*) Felices, Dolorcitas.

DOLORES. (*Levantándose.*) Bien venida (*La abraza.*), mi querida amiga. Con tanto calor, cómo te has atrevido á salir de casa, viviendo tan lejos? Caramba! qué gorda, qué fresca y qué hermosa estás! Parece que te prueba bien tu nuevo estado?

ROSA. No tan bien como te parece.

DOLORES. (*Sentándose.*) Que no? pues cómo es eso?

ROSA. (*Bajo al sentarse.*) Si estuviéramos solas...

DOLORES. (*A las costureras.*) Ya es hora de que os desayuneis.

(*Se levantan, saludan y salen por el fondo.*)

ROSA. Pues sí, hija mia, créeme, no soy tan dichosa como supones.

DOLORES. Con que no? Cuánto lo siento!...

ROSA. No: no quiero decir que me vaya enteramente mal; pero mi marido...

DOLORES. No te quiere lo bastante? Sospechas acaso... ó son antojos de recien casada?

ROSA. Nada de eso; pero empieza á ejercer conmigo cierta tirania que me disgusta demasiado.

DOLORES. Esplícate, que quizá lo que tú llamas tirania no sea mas que prudencia, y en tal caso no tendrias motivo para quejarte. La muger casada contrae ciertos deberes sagrados, y el marido está en su derecho al reclamar su exacto cumplimiento.

ROSA. Asi lo tengo comprendido; pero crees tú que en el número de esos deberes entre el de pasar cada noche cuatro horas mortales jugando con él á la perejila? Ya ves tú, á la perejila, y con un marido!

DOLORES. Ese es un pasatiempo como cualquiera otro, y si ahora te parece nimio y pueril, con la costumbre...

ROSA. Calla, calla, no digas eso. Es imposible que nadie pueda acostumbrarse á jugar tanto á la perejila.

DOLORES. Ciertamente que el tal juego tiene bien pocos lances; pero qué quieres: y si tu marido no sabe otros?

ROSA. Vaya si sabe otros... Pues eso es casualmente lo que yo siento. Cuando él quiere no le falta ingenio para buscar otras distracciones mas agradables.

DOLORES. Por supuesto llevándote al teatro... á las tertulias...

ROSA. Al teatro? ni por casualidad, hija mia. Ya viste el otro dia cuando tuviste la bondad de enviarme los billetes para aquella comedia nueva. No pude conseguir que me acompañara.

DOLORES. Y lo sentí mucho, porque la funcion fué divertidísima.

ROSA. Tambien yo lo sentí; y desde entonces te aseguro que no me da gana ni aun de mirarle á la cara. De cierto que Carlos no habria sido contigo tan inconsiderado y grosero.

DOLORES. En eso tienes razon, porque Carlos es el hombre mas complaciente del mundo. Mira estos pendientes. (*Enseñando los puestos.*) Ya ves que son de valor y de muy buen gusto: pues él me los regaló dias pasados con aquel lindo vestido que me viste el domingo en el paseo. Oh! Carlos es un amante como hay pocos. Siempre está pensando en la manera de agradarme.

ROSA. Si no fuera por aquel defecto, seguramente que te tendria envidia.

DOLORES. De qué defecto me hablas?

ROSA. Del que tú misma me has contado.

DOLORES. Ah... sí. Es verdad que tiene un genio pronto, impetuoso y á veces ridículo, lo cual da lugar á que nuestros diálogos sean algun tanto animados, algo pantomímicos y espresivos.

ROSA. Eso es decir que llegais á las manos.

DOLORES. Quien bien te quiere te hará llorar, dice el refran; pero no vayas á creer por eso que Carlos me muela á palos, no. Lo único que hace cuando le ciega la cólera, es sacudirme la ropa con aquel latiguillo que lleva siempre en la mano como signo de su profesion. Pero sin tocarme mas que á la ropa.

ROSA. De todos modos me parece que es un atentado grosero.

DOLORES. En cualquiera otro lo seria sin duda; pero mi Carlos hace las cosas con tanta gracia...

ROSA. Sin embargo, no estoy conforme con esos agasajos.

DOLORES. No estás conforme porque desconoces esa teoria, porque no has probado las dulzuras de sus consecuencias. Si despues de una de esas escenas bruscas vieses á un hombre arrodillado á tus pies, y que con el mayor arrepentimiento te dijera: Perdóname, alma mia. Te he ofendido, es verdad; pero si quieres vengarte, véngate

derramando mi sangre hasta la última gota, qué harias?

ROSA. Despedirle para siempre de mi presencia.

DOLORES. Entonces veo que no lo entiendes. Te citaré un ejemplo. No ha mucho que pasando juntos por la calle del Comercio, vi en una de las tienda un chal de cachemira á cuadros de los de última moda, que me gustó muchísimo, y le dije que me le comprara.

ROSA. Y te le compró?

DOLORES. Al oir mi peticion, se puso á tatarear un retazo de música del Hernani.

ROSA. Pues y su amabilidad, y su condescendencia?

DOLORES. Pobre inocente! Me das compasion. Quieres que te diga por qué no me compró el chal. Pues sabe que no fué mas que porque hacia ocho dias que no habiamos reñido. Yo te aseguro que si aquella mañana hubiéramos tenido la menor desazon, el chal habria sido el precio de la reconciliacion.

ROSA. Ahora te comprendo. Y díme: crees tú que podria yo sacar algun partido de ese sistema?

DOLORES. Poco cuesta que le ensayes. Pero cuidado no le lleves mas allá de sus límites, porque entonces podria suceder que...

CARLOS. (*Dentro, en alta voz.*) Mas ligera y mas baja esa mano izquierda... La cabeza mas alta... Esas piernas mas caidas... Asi... asi... Bravo, señor marqués.

DOLORES. (*Asomándose á la ventana de la derecha.*) Es Carlos, que corrige al marqués del Alamo, que pasa á caballo.

ROSA. Si sube no quisiera que me viera.

DOLORES. No? Pues retirate á ese cuarto.

(*Entrase en el de la izquierda.*)

ESCENA II.

DOLORES, CARLOS, ROSA *oculta.*

Carlos entra muy erguido, contoneándose y con el látigo debajo del brazo. Se acerca á Dolores, y quitándose el sombrero la saluda con la mayor afectacion.

CARLOS. Adios, querida. Pensando venia en este momento el

triste, pobre y humilde papel que hace el que marcha á pie. De mi sé decir que cuando me veo sobre un brioso alazan, que ora piafando, ora haciendo corbetas, llama la atencion de los aficionados y curiosos, me considero nada menos que un emperador romano recibiendo los amores del triunfo.

DOLORES. Asi es como yo te ví la primera vez.

CARLOS. (*Sentándose.*) Sí; pero entonces no tenia el estómago tan desfallecido como ahora. Si tuvieras una copita de Jerez y un bizcochito...

DOLORES. Al momento. (*Sale por la derecha.*)

CARLOS. Qué lástima que esta muchacha tan buena, tan amable, se haya enamorado de un loco como yo! Yo, que no tengo amor á ninguna (*Se levanta.*), y que suelo á veces... Pif... paf... (*Sacudiendo el látigo.*)

ROSA. (*Oculta.*) Qué tal el amable?

CARLOS. Verdad es que conociéndome y tolerándome, como me tolera, ella y no yo será la culpable.

ROSA. (*Oculta.*) Bellísimo modo de discurrir...

CARLOS. Lo que siento es que está muy satisfecha de que será mi esposa, cuando yo no he pensado nunca en semejante cosa. Pero y qué? iremos adelante, y...

ROSA. (*Oculta.*) Que no será por mucho tiempo, porque yo la informaré.

DOLORES. (*Que trae una copa con vino y bizcochos.*) He tardado mucho?

CARLOS. (*Sentándose junto al velador.*) Mucho, porque ya sabes que cuando no te veo son siglos para mí los instantes.

ROSA. (*Oculta.*) Qué falsedad tan refinada!

CARLOS. (*Come y bebe.*) Esquisito vino.

DOLORES. Como la voluntad con que os le ofrezco.

CARLOS. Gracias, prenda mia, gracias. Y permite... (*La toma una mano y la besa.*)

DOLORES. Si vieras qué deseo tengo de que acabes de decidirte.

CARLOS. Y por qué?

DOLORES. Porque una muger soltera...

CARLOS. Pues casualmente estaba pensando en eso; pero hay circunstancias...

ROSA. (*Oculta.*) Si, hay hombres tan falaces y tan perversos...

CARLOS. Sin embargo, créete que si no es este año será el que viene.

DOLORES. Buena calma es esa. Pues bien sabes que si quisiera...

CARLOS. (*Levantándose precipitadamente.*) El propietario ¿no es eso? Si me vuelves á hablar de ese rinoceronte soy capaz de... Pif... paf... (*Sacudiendo el látigo y paseando.*)

DOLORES. Y qué quieres que haga, cuando al cabo de tres años de promesas, sales ahora con esa pata de gallo?

CARLOS. Y salgo con razon. Pues qué, el matrimonio es algun grano de anís? Ay, hija mia! es oficio de muchas quiebras y es preciso por lo tanto pensarlo mucho.

DOLORES. Tan poca confianza tienes de mí?

CARLOS. Hay quien dice que el estado del matrimonio es el mas perfecto, y algunos hasta le llaman santo; pero lo que sé decir, es que conozco yo muchos en donde anda siempre el demonio.

ROSA. (*Oculta.*) Dígalo yo, y no hace aun dos meses que estoy casada!...

DOLORES. Luego no debo esperar...

CARLOS. Sí, esperar es la cosa mas sencilla del mundo, lo difícil es el conseguir.

DOLORES. Eso es ya por demas. Lo que yo quiero es una respuesta categórica. Sí, ó no.

ROSA. (*Oculta.*)Veamos por dónde sale...

DOLORES. No respondes?

CARLOS. Acaso no sabes que el que calla otorga?

ROSA. (*Oculta.*) Qué gran bribon! Ya veo yo que todos son iguales.

DOLORES. Lo que sé es que el que calla no dice nada.

CARLOS. Ten paciencia... paciencia, hija mia.

ROSA. (*Oculta.*) Gran recurso por cierto.

DOLORES. De seguro que no me aconsejaria otro tanto el que en su última carta...

CARLOS. Una carta... Pif... paf... (*Sacudiendo el látigo.*) Quiero ver esa carta... Sí, quiero verla... Pif... paf...

DOLORES. Pues no la verás. (*Aparte.*) Le exasperaré para que Rosa conozca prácticamente los efectos de mi sistema.

CARLOS. Ay!... si llego á pillar á ese zamacuco... Pif.... paf.... (*Lo mismo.*) Me das la carta ó no? Quiero ver cómo se esplica ese avestruz.

DOLORES. Te cansas en vano. Te he dicho que no la verás, y no la verás.

CARLOS. Mira, Dolores... que cuando estoy celoso soy temible. He dicho que quiero ver esa carta, y la veré.

DOLORES. Pues no la verás.

CARLOS. Que no? Pif... paf...

DOLORES. Ni por esas.

CARLOS. Se acabó la contemplacion. Pif... paf... (*Pégala con el látigo en la ropa.*)

DOLORES. Sois un mónstruo... un malvado...

CARLOS. Seré cuanto quieras; pero venga la carta.

DOLORES. No quiero.

CARLOS. Yo me haré obedecer. Pif... paf... (*Vuelve á sacudirla con el látigo, tocándola ya á lo vivo.*)

DOLORES. Esto es demasiado. (*Llora.*) Sois un caribe... un hotentote y un... Tratar de esta manera á una pobre muger. Oh! eso es infame.

ROSA. (*Oculta.*) Parece que esta vez va de veras.

CARLOS. Perdóname, Dolorcitas... Soy efectivamente un tigre; pero no por eso te amo menos. Perdóname.

DOLORES. Sí, mucho te amo, y no has tenido valor para comprarme aquel chal...

CARLOS. El chal á cuadros... sí... doce duros.

DOLORES. No, sino quince.

CARLOS. Calle del Comercio...

DOLORES. Número 26.

CARLOS. Dame un abrazo y voy corriendo. (*Se abrazan.*) Con que calle del Comercio... Perfectamente. (*Sale por el fondo sonando el látigo, pif... paf.*)

ESCENA III.

DOLORES, ROSA.

ROSA. (*Asomando la cabeza.*) Se fué ya?

DOLORES. Pues qué, acaso le temes?

ROSA. (*En escena.*) Temerle no; pero me habia propuesto que no me viese.

DOLORES. Acaso habrás creido oyéndome quejar que era efecto del mal trato que recibia; pero te aseguro que no era asi.

ROSA. Pues si no era asi, por qué?...

DOLORES. Estabas oyéndonos, y era preciso que recibieras la primera leccion práctica de mi sistema.

ROSA. Sistema que me parece algo estravagante.

DOLORES. Será todo lo que tú quieras; pero ello es que tendré chal á cuadros.

ROSA. Lo creo, y en cuanto á eso no me parece del todo mal.

DOLORES. De forma que te resolverás por ensayarle.

ROSA. Yo bien quisiera hacerlo; pero es mi marido tan brusco y tan... que temo...

DOLORES. Segun el resorte que toques. Si sabes manejarle...

ROSA. Con todo...

DOLORES. No seas tonta. Cuando una muger jóven y bonita, como tú, se empeña en ello, hace perder los estribos al hombre mas flemático del mundo.

ROSA. Si acertara yo á escoger un pretesto...

DOLORES. En eso te paras? Mil y mil tendrás cada dia. Por ejemplo, si te hubiera prohibido alguna cosa...

ROSA. Tal como el no ir á casa de mi tia, no es así?

DOLORES. No me parece bastante.

ROSA. Es que la prohibicion no es por mi tia, sino porque veo á mi primo Adolfo.

DOLORES. Entonces son celos... Negocio concluido. Te vas ahora mismo, y si puedes vuelves acompañada de tu primo.

ROSA. Eso seria ya demasiado.

DOLORES. Nada de escrúpulos. Si en tanto viniese por aqui tu marido, le hablaré, le diré que has ido á ver á tu...

ROSA. A mi tia?

DOLORES. No, sino á tu primo.

ROSA. No, no, eso seria cruel. Se pondria furioso.

DOLORES. Lo que necesitamos precisamente.

ROSA. Pues voy. (*Da algunos pasos y vuelve.*) Pero y si se incomoda demasiado?

DOLORES. Anda, que los hombres no son tan fieros como tú crees. (*Sale Rosa por el fondo.*)

ESCENA IV.

DOLORES. *Despues* PABLO.

DOLORES. Pobre Rosa! Cuánto me alegraría que la aprovecharan mis consejos.

PABLO. (*Entrando.*) Salud y gracia á la flor y nata de las modistas.

DOLORES. Bien venido el propietario mas galante de todos los propietarios.

PABLO. Celebro hallaros sola, porque tengo que hablaros de un negocio.

DOLORES. Negocio á mí?

PABLO. Sí, señora, y negocio de intereses.

DOLORES. Pues lo siento.

PABLO. De otra cosa os hablaria; pero sois tan... y temo tanto á aquel... Ya me entendeis.

DOLORES. No os comprendo.

PABLO. Pues si no me entendeis vamos al negocio. Ya sabeis que soy el dueño de esta casa, y de consiguiente vuestro acreedor por alquileres vencidos y no satisfechos. Sí, señora, eso soy (*Sentándose.*); pero tambien soy al mismo tiempo vuestro apasionado, enamorado y rendido amante.

DOLORES. Me lo deciscon tan poco fuego... con tanta comodidad... Eso es hacer una declaracion á tiro de cañon.

PABLO. (*Levantándose.*) Teneis razon. Es cuasi enamorarse por telégrafo.

DOLORES. Con que es decir que sois una persona duplicada, dividida en dos.

PABLO. Asi es; pero de vos depende que quede reducido nó mas que á vuestro humilde esclavo. (*Saca unos papeles del bolsillo.*) Aqui teneis precisamente los pagarés que me firmasteis en el juicio á que os llamé habrá dos meses. Si me dais palabra de acoger benignamente mis ruegos, los rompo y quedamos en paz y amigos.

DOLORES. (*Quitándole y rompiendo los papeles.*) Hé aqui que comienzo á agradaros ahorrándoos la molestia.

PABLO. Qué habeis hecho!

DOLORES. No habeis dicho que queriais que quedáramos en paz? Pues ya lo estamos.

PABLO. (*Con una rodilla en tierra y cogiéndola una mano.*) Eso quiere decir, prenda de mi corazon, que condesciendes á mis...

ESCENA V.

Los mismos: Carlos.

Carlos. (*En el dintel de la puerta del fondo.*) Pif... paf... Bravo!... bravísimo, señor propietario...

Pablo. (*Ap., alzándose prontamente.*) Cayóse la casa acuestas. (*Alto.*) Muy servidor de usted. (*A Carlos.*)

Carlos. (*Avanzando y dejando un lio sobre una silla.*) Estabais haciendo oracion?

Pablo. (*Ap.*) Este hombre va á hacer conmigo alguna diablura.

Carlos. (*Cogiéndole por una oreja.*) No contestais?

Pablo. Y qué quereis que diga si no me vais á creer?

Carlos. (*Soltándole.*) Cómo que no?

Pablo. Pues, señor, estaba rogando á esta niña que aceptase...

Carlos. Qué? Pif... paf... (*Sacudiéndole en las piernas.*)

Pablo. (*Salta para evitar los golpes.*) Cáa... ramba... que me haceis ver las estrellas.

Carlos. Pif... paf... Pues eso no es mucho. Pif... paf... Hasta que veais el sol y la luna. Pif... paf...

Pablo. Si no os estais quieto diré que sois...

Carlos. Qué?... Pif... paf... Qué soy?

Pablo. (*Huyendo al estremo del foro.*) Un hombre brutal.

Carlos. Bueno... bueno... Sois el hombre mas afortunado del mundo. (*Volviendo á cogerle de la oreja.*)

Pablo. Y por qué lo decis?

Carlos. Porque tengo entendido que nadais como un besugo.

Pablo. Y á qué viene eso ahora? Teneis gana de divertiros conmigo?

Carlos. Quiero templar en vos ese fuego que os consume. Fuera ropa.

Dolores. Carlos!... No seas el demonio...

Carlos. No tengas miedo. Ya sabes que el mar está á poco mas de tres varas de lo alto de esa ventana.

Pablo. Primero consentiré romperme la cabeza.

Carlos. Me es igual. Esotra ventana (*Señalando á la derecha.*) da á la calle, y podeis ver logrados vuestros deseos. Ya veis que soy complaciente.

Pablo. Mas lo sereis permitiéndome salir por la puerta.

Carlos. Eso sí que no. Los que se atreven á venir á enamorar

á mi querida, entran por la puerta; pero salen por la ventana. Asi. (*Le coge en actitud de llevarle á la ventana de la izquierda.*)

PABLO. Si ha de ser, prefiero el agua á la tierra; pero y mi vestido, que como veis es enteramente nuevo?

CARLOS. Buen remedio: quitársele.

PABLO. (*Se quita la casaca y el chaleco.*) Vaya por Dios!

CARLOS. Y los pantalones?

PABLO. (*Bajo á Carlos.*) Y esta señorita? Ya veis... la decencia...

CARLOS. Teneis razon. Entonces cuando gusteis.

PABLO. Pero qué, va de veras?

CARLOS. Yo no me chanceo jamás.

PABLO. Perdonad. No creia que fueseis tan bárbaro.

CARLOS. Me insultais? (*Pablo se aproxima á la ventana, y Carlos le arroja por ella, asomándose despues.*) Bravo chapuzon ha llevado. Pero cómo nada!... Acércate, Dolores, y verás cuál se dirige á la orilla.

DOLORES. (*A la ventana.*) Ciertamente. Nada como un pez... Ya está cerca de tierra... Ya salió... pero va hecho una esponja...

CARLOS. Mojado, no es verdad? Eso le sucede á todo el que se mete en el agua.

DOLORES. Y no temeis las consecuencias de semejante atentado?

CARLOS. No, porque él acostumbra á bañarse, y la diferencia está únicamente en la hora. El se baña á las cuatro de la tarde, y yo le he bañado á las diez de la mañana.

DOLORES. Sin embargo, bueno seria...

CARLOS. Ríete de eso y vamos á ver si es este el dichoso chal. (*Le deslia y se le enseña.*)

DOLORES. El mismo.

CARLOS. Veamos si te sienta bien. (*Se le pone.*)

DOLORES. Eres el mas amable de los mortales.

ESCENA VI.

LOS MISMOS: JUAN.

JUAN. (*Entrando.*) Hola, hola: parece que estamos en paz y santa armonia.

CARLOS. Bien venido.

DOLORES. Adios, amigo. Cómo va?

JUAN. (*Bajo.*) Siempre tan linda.

DOLORES. Cuidado con Rosita....

CARLOS. Qué era eso?

DOLORES. Nada: que Juan está siempre de buen humor con las muchachas. Si me lo permitís, me retiro. Tengo que hacer por allá dentro. Agur. (*Sale por la derecha.*)

ESCENA VII.

CARLOS, JUAN.

JUAN. Buena suerte habeis tenido en tropezar con esta muchacha. Es una alhaja sin precio. Si pudiera yo decir otro tanto de la mia!...

CARLOS. Ahora salimos con eso? Estais celoso?

JUAN. Estoy un poco de todo.

CARLOS. Pues qué hay de nuevo?

JUAN. Figuraos que yo conocí á una muchacha humilde, sencilla, laboriosa y amable, y dije para mí... Ea, Juan... aqui tienes la muger que te conviene. Tú debes casarte, y debes casarte pronto; con que á ello. Dicho y hecho. Me enamoro de la jóven, ni mas ni menos que un burro...

CARLOS. Bellísima comparacion.

JUAN. Sí, señor, me enamoro como un burro, y qué hago... la pido... me la dan... y me caso.

CARLOS. Perfectamente. Hiciste como César... llegar, ver y vencer.

JUAN. Sí; pero no consiste en eso mi presente mal humor. Los primeros dias...

CARLOS. Seria como todas las mugeres, amable, hacendosa...

JUAN. Sí; pero... ay, amigo, á los quince...

CARLOS. Demasiado temprano fué.

JUAN. No, no quiero decir que á los quince... ya me podeis entender... sino que el diablo de la muchacha empezó á sacar los pies de las alforjas, y...

CARLOS. Eso es muy comun.

JUAN. Y... no quiero comer pollos... no me gustan las perdices... quiero un gorro verde, otro blanco, otro amarillo, y quiero un aderezo de perlas, y otro de diamantes, y otro de esmeraldas... Quiero un vestido de gró, y

otro de fulard color de sombra de pozo, y una sombrilla, y otra sombrilla, y cuatro pulseras, y un...

CARLOS. A ese paso adios vuestro caudal.

JUAN. Sin embargo, no es eso lo mas malo.

CARLOS. Pues qué hay de peor?

JUAN. Que quiere estar siempre en la calle, en los toros, en el teatro, en las tertulias, y si en algo me opongo, tenemos jaqueca... y desmayos... y ataques, y crispaturas nerviosas, y una cara, amigo mio, una cara...

CARLOS. Pues sabeis que estais divertido?

JUAN. Aun no es eso lo peor.

CARLOS. Pues qué, se desmanda acaso?...

JUAN. Y tanto como se desmanda. No se encuentra sino en casa de su tia.

CARLOS. En eso no veo nada malo, porque supongo que la tia será una muger juiciosa y...

JUAN. Lo que es la tia sí; pero es que hay un primito de por medio...

CARLOS. Primito!.. ya es otra cosa. Siempre he aconsejado á los casados que se vayan con cuidado con los primos. Los primitos suelen ser muy serviciales con las primitas.

JUAN. Pues este es algo mas. Quiero decir, que antes que nos casáramos hacia el amor á la prima.

CARLOS. Es la táctica comun de los primos. Ya se vé, para cojer es menester sembrar.

JUAN. Maldito primo!...

CARLOS. Pues, señor, todo ello me parece sin embargo una bagatela.

JUAN. Qué decis?

CARLOS. Digo que para un hombre de talento...

JUAN. Para un hombre de talento, lo creo... pero y para un bruto como yo?

CARLOS. Cambia de especie: pero con todo, el remedio es fácil. La haceis mudar de carácter.

JUAN. Y de qué modo?

CARLOS. No debe ser dificil. No decis que hace quince dias era sencilla, humilde y amable, y que ahora es caprichosa, antojadiza y... Pues eso consiste en que ha variado de carácter, y ya veis que habiéndolo hecho una vez por su voluntad, bien puede hacerlo otra por la vuestra.

JUAN. Pero cómo?

CARLOS. Recogiéndola la brida y aplicándole las espuelas, si es

menester. Es decir, acudir al artículo 54 del código conyugal.

JUAN. No os entiendo, ni sé qué código es ese.

CARLOS. Veis este latiguillo tan sutil y tan fino? pues obra milagros.

JUAN. Y su manejo?

CARLOS. La cosa mas sencilla del mundo. Pif... paf... (*Sacudiéndole con el látigo en las piernas.*)

JUAN. (*Saltando.*) Ya, ya lo comprendo.

CARLOS. (*Lo mismo.*) Si os digo que es muy eficaz. Pif... paf...

JUAN. (*Corriendo de un lado á otro.*) Basta, basta.

CARLOS. Pif... paf... (*Persiguiéndole.*)

JUAN. Si digo que basta. Y vamos á ver... En primer lugar, creeis que mi baston (*Que será gordo y nudoso.*) puede suplir á vuestro latiguillo?

CARLOS. Hombre, no: ese es un instrumento algo grosero, y podriais... Debeis proveeros de uno como este. (*Enseñándole el látigo.*)

JUAN. Si quisierais prestármele...

CARLOS. Esperad, que allá dentro he de tener otro muy parecido. (*Entra y sale inmediatamente.*) Aqui le teneis. (*Se le da y él deja el baston en un rincon.*)

JUAN. Ahora falta una cosa.

CARLOS. Cuál es?

JUAN. Ensayarme. Pif.... paf... (*Pegando á Carlos en las piernas.*)

CARLOS. Corriente; pero atended al maestro. Pif... paf... Pif... paf... Pif... paf... (*Le sacude y persigue sin descanso.*)

JUAN. Estoy, estoy. Con que es decir que... Pif... paf... Pif... paf... Pif... paf... (*Imitándole.*)

CARLOS. Basta: os doy la patente.

JUAN. Sí, pero me ocurre otra cosa, y es que como yo soy tan bestia, tal vez llevaria las cosas á un estremo demasiado sério.

CARLOS. Con que efectivamente sois tan animal?

JUAN. Mucho. El otro dia, sin ir mas lejos, pasaba yo por cierta calle llevando la derecha, y un mozalvete de estos muy almibarados quiso atropellar mi derecho, echándome fuera de la acera; pero ay, amigo, le eché una mano al pescuezo, y estrujándole con la otra contra la pared, le hice sacar mas de un palmo de lengua. Soy muy bárbaro.

CARLOS. En tal caso adelante con los caprichos de vuestra muger.

JUAN. Eso no. Probaremos. (*Al decir estas palabras aparece un mozo en la puerta del fondo, que llama á Cárlos por señas y le enseña una carta.*)

CARLOS. Para mí? (*El criado hace un signo afirmativo.*) Pues venga. (*Toma la carta.*) Hola! papel satinado, dorado y festoneado... Y esto mas, su sello de armas. Quién os envia? (*El criado calla.*) Es de la señora? (*Lo mismo.*) Callais? De la marquesa? (*Lo mismo.*)Vamos, este belitre es mudo ó le han pagado para que lo sea. Leeremos. (*Lee.*) Qué veo! La princesa me pide una entrevista particular. Oh! soy dichoso. (*Al criado.*) Decid á su alteza que me considero muy honrado y que cumpliré sus órdenes. (*Desaparece el criado.*)

JUAN. Será posible!

CARLOS. Sí, amigo mio, una princesa quiere conferenciar conmigo á solas.

JUAN. Y decidme, ensayareis tambien con ella el Pif... paf...

CARLOS. Déjate de bromas y envidia mi fortuna. (*Toma el sombrero, va salir y retrocede.*) Cuidado que Dolores no sepa nada. (*Sale.*)

ESCENA VIII.

JUAN, *despues* ROSA.

JUAN. El mismo demonio es este Cárlos. El trae entretenidas á una porcion de jóvenes que se le disputan como una prenda de rey, cuando él no tiene cariño á ninguna. Y ahora para remate de fiesta, nada menos que una princesa. Si tendrá algun secreto para.... Pero qué bestia!... Ya no me acordaba de su sistema de Pif... paf... Oh! debe ser excelente. Ojalá que mi muger se presentara aqui, que ahora mismo comenzaba á ensayarle... Sin embargo, no sé si tendré bastante valor para alzar contra ella ni aun en chanza este latiguillo, que aunque muy finito, caramba! que escuece que es un primor. Aun me pican las piernas. (*Rascándose.*) Es tan bonita! y tan agraciada, y tan... Vaya, estoy viendo que no voy á tener resolucion. Que no? Y el primito? Oh! en acordándome de aquel muñeco, soy capaz de todo.

ROSA. (*Entrando.*) Estás aqui?

JUAN. Yo presumo que sí.

ROSA. Y á qué has venido?

JUAN. Porque he querido.

ROSA. Pues bien podias haberte estado en casa.

JUAN. Me cansaba de estar solo.

ROSA. *(Aparte.)* Comencemos el ensayo. *(Alto.)* Pues haber buscado una mona que te hiciese compañia.

JUAN. *(Aparte.)* Probemos. *(Alto.)* De dónde vienes?

ROSA. Ninguna cuenta tengo que darte.

JUAN. Que no?

ROSA. *(Aparte.)* Esto va bien. *(Alto.)* Que no.

JUAN. *(Aparte.)* No lleva esto mal principio. *(Alto.)* Pues es que quiero saberlo.

ROSA. Pues no lo sabrás. Y ten entendido que de hoy en adelante no pienso hacer otra cosa que mi santísima voluntad. Entraré y saldré cuando se me antoje; admitiré en mi casa y visitaré á quien me dé la gana; gastaré, triunfaré y derrocharé, que para eso me he casado.

JUAN. Eso será si yo lo permito.

ROSA. *(Aparte.)* No se enfada! *(Alto.)* Quereis hacerme reir? Já! já! já..!

JUAN. *(Aparte.)* Ya me va apurando la paciencia. *(Alto.)* Mira, mugercita, que te has vuelto muy descarada, y me pondrás en el caso de....

ROSA. De qué? Acaba.

JUAN. Nada. De irme y dejarte.

ROSA. *(Aparte.)* Este hombre es de estuco. *(Alto.)* Sábes quién me ha preguntado por tí, mi primito. (Si no se enfada ahora no se enfada nunca).

JUAN. Con que segun eso le has visto?

ROSA. Toma...! Pues si le véo muy amenudo....

JUAN. Eso es decir que me haceis pasar la plaza de....

ROSA. Y qué quieres. Bien sabes que me obsequia hace mucho tiempo.

JUAN. Y continúa, eh?

ROSA. Por supuesto....

JUAN. Por supuesto... Pif... paf... Pif... paf... *(El mismo juego anterior.)*

ROSA. Infame... Pícaro... Maltratar asi á su muger. Oh! cuando lo sepa mi primo...

JUAN. Con que tu primo... Pif... paf... Pif... paf... *(Lo mismo.*

ROSA. *(Llorando.)* Bien me lo decia mi tia. No te cases con

ese animal, mira que al fin dirá quién es. (*Aparte.*) No se humilla.

JUAN. El primito... Y yo pobre de mí sufriendo que un par de trastos asi se burlen de mi... Por San Simon y Judas que... Pif... paf... Pif... paf... (*El mismo juego, y asi se entran por la izquierda.*)

ESCENA IX.

PABLO. *Despues* DOLORES.

PABLO. (*Acompañado de escribano y alguaciles.*) Esta es la casa: cumplid con vuestro deber. (*Aparte.*) Ellos me jugaron una mala pasada, pero no es muy mala la que yo les he dispuesto.

DOLORES. (*Entrando por la derecha.*) Señores, bésoos las manos. (*El escribano y alguaciles inclinan la cabeza.*)

PABLO. Menos ceremonias é inventariar cuanto haya en la casa para que los mozos vayan cargando con ello.

DOLORES. Pero qué significa todo este aparato?

PABLO. Esto significa que no está bien que un par de arrapiezos como tú y tu Carlitos se burlen de un hombre como yo.

DOLORES. Ya!... ya comprendo. Venis á embargar por aquella deuda...

PABLO. Ciertamente.

DOLORES. Pues no hay necesidad de semejante escándalo, porque os pagaré en el acto. Pero sabed que habiendo reñido para siempre con Cárlos os escribia en este momento para que vinieseis y arreglásemos.

PABLO. Será verdad? (*Al escribano y alguaciles.*) Podeis retiraros. (*Hacen otra inclinacion de cabeza y salen.*) Con que vamos, contadme de qué manera se ha preparado mi dicha.

DOLORES. (*Aparte.*) Qué le diré? (*Alto.*) De la manera mas sencilla del mundo. Habeis de saber que... Mas qué oigo! Cárlos se acerca. Hasta despues. (*Se va por la derecha.*)

ESCENA X.

PABLO, CARLOS.

CARLOS. (*Entrando.*) Otra vez aquí!...

PABLO. Como me habia dejado parte de mi ropa he venido á

recogerla. Supongo que esto no os incomodará...

CARLOS. A mí me incomoda todo en este mundo, y mas que todo, el que los hombres sean tercos é imprudentes.

PABLO. (*Aparte.*) Malo. Lo mejor seria irse preparando para un segundo baño.

CARLOS. Pero sin embargo, lo que es por esta vez podeis estar tranquilo. Tengo para con vos intenciones mas pacíficas y proyectos sumamente halagüeños.

PABLO. Sepamos, pues, en qué consisten.

CARLOS. Francamente: teneis ó no teneis amor á Dolores?

PABLO. Me lo preguntais de buena fé?

CARLOS. Con la de un hombre honrado.

PABLO. En ese caso respondo que sí.

CARLOS. Y qué dariais por casaros con ella?

PABLO. Pues qué, quereis acaso venderla?

CARLOS. A ella no, pero vendo mi puesto.

PABLO. Es decir que os retirais para siempre.

CARLOS. Para siempre.

PABLO. Y el precio?

CARLOS. Un préstamo de seis mil reales.

PABLO. Bien poco es.

CARLOS. Si gustais podeis añadir á esos ciento, otros ciento.

PABLO. Sean pues doscientos, pero me firmareis una obligacion.

CARLOS. En el momento. (*Se sienta y escribe, dobla el papel y le entrega á Pablo.*) Estais satisfecho.

PABLO. (*Abre el papel.*) Doscientos doblones... Perfectamente. (*Saca la cartera y le entrega varios billetes.*) Estan cabales?

CARLOS. Ahora no me queda que hacer sino desearos completa felicidad.

PABLO. No, que aun os falta otra cosa.

CARLOS. Qué?

PABLO. Esplicarme el misterio de tan estraña resolucion.

CARLOS. Me prometeis el secreto?

PABLO. Sí prometo.

CARLOS. Pues es que me voy á Rusia.

PABLO. A Rusia! (*Aparte.*) Tanto mejor para mí.

CARLOS. (*Bajo.*) Me voy con la princesa... Se ha enamorado perdidamente de mí y quiere que nos casemos allá en la Siberia.

PABLO. Mucho frio vais á pasar.

CARLOS. Al lado de una princesa nunca se tiene frio. Con que agur, amigo. (*Tomando el sombrero.*) Repito que os de-

seo cien años de completa dicha.

PABLO. Lo mismo os digo. Y gracias, gracias.

CÁRLOS. Vuelvo á repetir... Pif... paf... (*Sacudiéndole las piernas.*) Deseo, Pif... paf... que os hagais mútuamente felices. Pif... paf...

PABLO. Gracias.... gracias.... Siempre de buen humor. (*Sale Cárlos por el fondo.*)

ESCENA XI.

ROSA. *Despues* DOLORES.

ROSA. (*Llorando.*) Me ha maltratado, pero no tiene él la culpa, sino yo que he seguido el mal consejo de Dolores. Y lo peor será que rota la valla una vez quede mi marido acostumbrado á tan infame tratamiento.

DOLORES. (*Entrando.*) Lloras, Rosa?

ROSA. Qué he de hacer, cuando por seguir tus opiniones mi marido...

DOLORES. Y te quejas de eso? Vaya una boberia. Ya verás cómo despues...

ROSA. Si, despues será muy probable que á cada paso quiera repetir...

DOLORES. No lo creas; ya verás cómo procura contemplarte.

ESCENA XII.

LOS MISMOS: PABLO.

PABLO. (*En el dintel de la puerta del fondo hablando á lo interior.*) Colocad esos muebles con cuidado. Con mucho cuidado. Sobre todo la mesa y el sofá... Estan ya?... Pues id por otro viaje.

DOLORES. (*A Rosa.*) Qué significará esto?

PABLO. (*Avanzando.*) Esto significa que quiero que compareis y confeseis la diferencia que hay entre un atolondrado y un hombre de juicio: entre un perdido y un rico propietario.

ROSA. Pero tú sabias algo de estos aprestos.

DOLORES. Yo, nada absolutamente.

PABLO. Si lo hubierais sabido no gozariamos ahora el placer de la sorpresa.

DOLORES. Efectivamente, pero yo creo que no habeis contado

con el efecto que esa demostracion generosa puede producir en Cárlos.

PABLO. Por esta vez estoy seguro de no volver al baño. He obrado con su consentimiento.

DOLORES. Con su consentimiento!... No os comprendo.

PABLO. Pues yo me entiendo perfectamente. En cuanto á vos, basta que sepais que ya sois rica, que podeis dejar desde ahora el taller, sin tener que pensar en lo sucesivo sino en complacer á vuestro esposo.

DOLORES. (*A Rosa.*) Entiendes tú á este hombre?

ROSA. No entiendo ni una sola palabra.

PABLO. Me esplicaré mas claro.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS: JUAN.

JUAN. (*Entrando por el fondo, y dejando un lio sobre las sillas.*) Me alegro encontraros reunidos. (*Rosa se retira hácia Dolores.*)

DOLORES. Pues qué hay de bueno?

JUAN. Que ando buscando á Carlos para darle las gracias.

ROSA. (*Ap.*) Seria él quien le aconsejó, como Dolores á mí?

PABLO. Pues difícil será que le encontreis.

JUAN. Y tú, Rosita, por qué te escondes?

ROSA. Y tienes valor para preguntármelo?

JUAN. Pongo á Dios por testigo de mi verdadero arrepentimiento. Prueba de ello es que en fuerza de discurrir en qué podria complacerte, me he acordado del vivo deseo que tenias de un vestido de terciopelo, y te le he comprado.

ROSA. A verle?...

JUAN. Aqui le tienes. (*Desatando el lio.*)

ROSA. (*Acercándose.*) Precioso. Asi es como yo le queria, color de corinto. Aproxímate, Dolores, y verás qué cosa tan linda.

DOLORES. (*Acercándose.*) Seguramente que lo es. (*Bajo á Rosa.*) Y qué dices ahora de mi sistema? No te parece escelente?

ROSA. (*Bajo.*) Bueno será; pero renuncio á él para siempre.

JUAN. Y bien, Rosita, hacemos las paces?

ROSA. Por hechas.

JUAN. Pues dame un abrazo. (*Se abrazan.*) Me prometes formalmente no hablarme mas del primito?

ROSA. Y me costará poco el cumplirlo, porque me es del todo indiferente. Ya te contaré despacio el por qué me valí de él para exasperarte.

JUAN. Cuando quieras y como quieras.

DOLORES. Pero á todo esto, me esplicareis vos (*A Pablo.*) aquel misterio?

PABLO. No hay inconveniente. Habeis de saber que Carlos, despues de haberos vendido á mí por doscientos doblones, se ha marchado con una princesa rusa.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS: CARLOS.

CARLOS. (*En el dintel de la puerta del fondo.*) Mentira...

JUAN. Pase usted adelante (*A Carlos.*), que tengo que agradecerle aquel maldito consejo del Pif... paf...

DOLORES. (*Saliéndole al encuentro.*) Con que pensabas abandonarme!...

CARLOS. (*Avanzando.*) Quién, yo? jamás. (*La abraza.*)

PABLO. Poco á poco, caballerito, poco á poco. Bien sabeis que no teneis derecho alguno sobre esta jóven. Dolores me pertenece por cesion formal.

CARLOS. Sí; pero le tengo para deciros que sois un babieca, y que os habeis dejado engañar como un párvulo. He querido burlarme de vos, y lo he conseguido. Ahí teneis vuestro dinero, que para nada le necesito. (*Le da los billetes.*)

PABLO. Esperad, os daré vuestro recibo.

CARLOS. Leedle, y vereis que es parte de la burla.

PABLO. Cómo! (*Lee.*) He recibido del simplon de don Pablo Aguirre la cantidad de doce mil reales, que le devolveré cuando deba convencerle de que es un verdadero pobre hombre. (*Hablando.*) Y diga usted, se hace esto con ningun cristiano?

CARLOS. Con los viejos tontos que se enamoran de las muchachas, todo es permitido. Hasta... Pif... paf...

PABLO. Basta de broma... Renuncio á mis pretensiones, y me resigno á dar la mano á doña Sinforosa.

DOLORES. Cómo, la vecina de enfrente?

CARLOS. Haceis bien; porque, como dice el refran, cada oveja con su pareja.

PABLO. De forma que si no hubiera sido por aquella invencion de la princesa rusa...

DOLORES. Y por la mia, cuando evité el embargo.

PABLO. No se hable mas del caso. Seamos amigos.

CARLOS. Y celebremos nuestras bodas en un dia, si es que gustais. (*A Pablo.*)

JUAN. Pero renunciando á vuestro maldito sistema del Pif... paf...

CARLOS. Pues qué, habiais creido de buena fe que eran esas mis opiniones?

ROSA. Yo sí, porque Dolores me lo dijo, y aun me aconsejó que le siguiera.

JUAN. Y yo tambien; y tuve el atrevimiento de maltratar á mi pobre Rosa!

CARLOS. Pues estais equivocados. Todo fué efecto de mi acostumbrado buen humor. Nadie mejor que Dolores sabe que aunque dotado de un genio impetuoso, nunca he abusado de él para con ella. Es un solemnísimo necio el que cree que la tiranía alcanza ventajas sobre el sistema de contemplacion. La muger es sobradamente celosa de los privilegios que la sociedad ha concedido á su sexo, y le sobran medios de venganza cuando se le quiere privar de ellos.

PABLO. Me gusta oiros hablar con tanto juicio.

JUAN. Esas opiniones son las mias, aunque alguna vez haya que modificarlas por circunstancias especiales. Mas lo que es recurrir á tu aconsejado sistema de Pif... paf... jamás.

CARLOS. Quede, pues, sentado que todos los sistemas llevados á un extremo son viciosos; pero que el del rigor, empleado con las mugeres, será siempre el menos oportuno y mas perjudicial á la felicidad del hombre.



FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 2 de diciembre de 1853.
Examinada por el Sr. Censor de turno y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

ZARAGOZA.